

Cómo se hizo *The Making of the English Working Class* Condiciones de posibilidad de un clásico de la historiografía

The Making of a classic of historiography: Conditions of possibility of *The making of the English Working Class*

Alejandro Estrella

Universidad Autónoma Metropolitana de México

RESUMEN

En este artículo intentaremos arrojar luz sobre alguno de los factores que condicionaron la producción de *The Making of the English Working Class*. A lo largo del primer apartado daremos algunas claves de la formación del habitus thompsoniano cuyos rasgos más característicos estaban ya presentes en el momento de escribir *The Making*. A continuación, presentaremos algunas características de la coyuntura en la que se escribe la obra, deteniéndonos especialmente en las urgencias políticas que contribuyen a explicarla y en el momento de la trayectoria thompsoniana en la que nuestro autor la concibió. En el tercer apartado reconstruiremos el campo de posibles tal y como era percibido por Thompson al encarar el problema de la clase social, tanto en el ámbito de las ciencias sociales como en el de la historiografía británica. Finalmente presentamos el enfoque que resulta de la conjunción de estos tres elementos y que orienta la producción de la obra.

PALABRAS CLAVE: Thompson, habitus, historia y sociología, sociología de los intelectuales y de la producción intelectual y cultural

ABSTRACT

This article will try to shed light on some of the factors that conditioned the production *The Making of the Working Class*. The first section will give some clues as to the formation of Thompson's habitus whose most characteristic features were already present at the time of writing *The Making*. Second, we present some characteristics of the situation in which the work was written,

especially in urgent political situation that help to explain it and in the time of the Thompson 's path in which our author conceived it. In the third section, the field of the possible is rebuilt as it was perceived by Thompson in order to address the problem of social class, both in the field of social sciences and in British historiography. Finally we present an approach that is the combination of these three elements and the guide of the production of the work.

KEYWORDS: Thompson, habitus, History and Sociology, Sociology of intellectuals and intellectual and cultural production

1. ENFOQUE DEL PROBLEMA

Un producto cultural, como por ejemplo una obra de historiografía, es el resultado de un doble proceso de producción y recepción. En ambos casos intervienen todo un conjunto de factores que determinan el trabajo de creación y consumo de la obra. En este artículo intentaremos arrojar luz sobre alguno de los factores que condicionaron la producción de *The Making of the English Working Class*, auténtico clásico de la historiografía contemporánea de cuya primera edición se cumplen 50 años en 2013.

Desde un enfoque sociohistórico (desde una sociología de las obras –usando la terminología de Pierre Bourdieu-) podemos concluir que la producción de un objeto cultural depende esencialmente de tres factores: 1) las disposiciones subjetivas del productor y sus expectativas, 2) la coyuntura específica o el momento histórico en la que se escribe la obra y 3) las diferentes propuestas que compiten en torno al problema a resolver o el tema a tratar; dicho en otras palabras, el campo de posibles al que se enfrenta el autor y que, por otro lado, posee una dimensión objetiva y otra subjetiva, en tanto que también resulta un espacio construido por el agente, a través de los criterios de clasificación y distinción.

A lo largo del primer apartado daremos algunas claves de la formación del *habitus* thompsoniano cuyos rasgos más característicos estaban ya presentes en el momento de escribir *The Making*. A continuación, presentaremos algunas características de la coyuntura en la que se escribe la obra, deteniéndonos especialmente en las urgencias políticas que contribuyen a explicarla y en el momento de la trayectoria thompsoniana en la que nuestro autor la concibió. En el tercer apartado reconstruiremos el campo de posibles tal y como era percibido por Thompson al encarar el problema de la clase social, tanto en el ámbito de las ciencias sociales como en el de la historiografía británica. Para reconstruir este

campo de posibles no sólo utilizamos las declaraciones explícitas que realiza Thompson en *The Making* sino también referencias de obras anteriores y posteriores en las que anunciaba, confirmaba o matizaba alguna de estas apuestas. Finalmente presentamos el enfoque que resulta de la conjunción de estos tres elementos y que orienta la producción de la obra. Como señalaremos en la conclusión, el objetivo de este ensayo no es reconstruir el proceso mismo de escritura de *The Making*. De lo que se trata más bien es de presentar las condiciones que posibilitaron que Thompson se preocupara por un determinado tema y lo enfocara de la manera en la que lo hizo hasta situarse en disposición de articular un relato que posteriormente quedaría encumbrado como una de las grandes obras de la historiografía moderna.

2. EL HABITUS THOMPSONIANO: ¿QUIÉN ESCRIBIÓ THE MAKING?

¿En qué términos cabe tematizar los caracteres del *habitus* thompsoniano que nos ayudan a explicar el enfoque con que elaboró *The Making* y qué experiencias sociales contribuyeron a conformarlo¹? Dos son los ámbitos fundamentales en los que se forjan las disposiciones primarias del *habitus* thompsoniano: el campo religioso y el escolar.

E.P. Thompson pertenece a una familia de antigua genealogía metodista. Sus padres se conocieron como misioneros y tuvieron su primer hijo (Frank) en la India, donde Edward J. Thompson ejercía su servicio como maestro en un *Bankura College* de la región de Bengala. Más allá de un análisis interno de la maquinaria moral metodista, lo que ahora nos interesa señalar es cómo, desde el comienzo de su andadura, el metodismo se vio sometido a fuerzas que lo fragmentaban en un campo de posibles que contenía diversas “formas de ser metodista” (concepción de la misión salvadora, forma de obtener la gracia y conservarla, tipos de organización y papel de los fieles, etc.), desde las más ortodoxas y sacerdotales a las más heterodoxas y proféticas². Dada esta oposición,

¹ El concepto de *habitus* propuesto por Pierre Bourdieu hace referencia al sistema de disposiciones duraderas y transferibles predispuestas a funcionar como generadoras y organizadoras de prácticas sociales. El *habitus* como entendido como sentido práctico (“sentido del juego”) se aleja de una subjetividad pensada en términos de sujeto racional. Sobre el concepto de *habitus* como teoría disposicional de la acción opuesta a una teoría de la acción racional (Bourdieu, 1991: 91-111) y (Bourdieu, 1999: 89).

² En la interpretación que realiza de la teoría de la religión de Max Weber, Bourdieu encuentra el principio fundamental de diferenciación de los agentes religiosos en la oposición entre los productores de una visión casi-sistemática del mundo (el profeta)

-y más allá del contenido concreto que iba adquiriendo a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX- debemos situar a los padres de Thompson en alguna de las ramas proféticas de la Conexión metodista: su concepción del cristianismo se movía en el terreno de un humanismo religioso que veía en la figura de Cristo, no un padre severo y lejano, sino un abogado misericordioso de los desfavorecidos: “su vida –sentenciaba E.J. Thompson- estuvo con la gente corriente” (Palmer, 2004: 39). En este sentido, la religiosidad de los Thompson se situaría en la estela de las llamadas religiones de salvación, es decir, en la de esas que no responden a las demandas de legitimación del orden establecido sino a las demandas de compensación propias de los fieles de clases “desfavorecidas”; cuya justificación de la existencia, dicho sea de paso, no puede reposar sino en una promesa de redención del sufrimiento (Bourdieu, 2005: 51).

Junto a este conjunto de disposiciones de origen religioso, E.P. Thompson incorporará desde su infancia otras que provienen, en este caso, del ámbito escolar. En este sentido, la figura paterna resulta fundamental, nuevamente en un doble sentido. Como orientalista y profesor de cultura bengalí en Oxford, el padre de Thompson actúa como correa de transmisión de una pronta *illusio* en los juegos escolares, una pre-ocupación por lo que ocurre en los ámbitos del

y las instancias de reproducción (el sacerdote), organizadas y legitimadas para inculcar tal visión (sistematizada) mediante una acción duradera. Según Bourdieu, este principio permite oponer el profeta al sacerdote “como lo *discontinuo* a lo *continuo* (*Ausseralltäglich*), lo extraordinario a lo ordinario, lo extra-cotidiano a lo cotidiano” (Bourdieu, 2005: 52). En otras palabras, mientras que la acción religiosa del profeta viene caracterizada por su carácter carismático, extraordinario y discontinuo, la del sacerdote responde a un método racional que se ejerce de forma cotidiana y rutinaria. Pero no sólo la forma de ejercer el poder religioso difiere. Frente a la administración burocrática del cuerpo sacerdotal, en la que los funcionarios desempeñan una función especializada, el profeta y sus seguidores ignoran “la carrera y las promociones, las nominaciones y las distinciones, las jerarquías y los límites de la competencia” (Bourdieu, 2005: 53). La morfología de estos aparatos determina el tipo de intercambio del agente religioso con el fiel. El cuerpo sacerdotal lleva a cabo sus transacciones rutinarias a través de la institución, que se convierte en la guardiana de unos dogmas y cultos racionalizados, codificados y sistematizados por los especialistas (Bourdieu, 2005: 59-60). Por el contrario, el aparato del profeta apela directamente a los laicos y su mensaje tiende a una ambigüedad (o cuasi-sistematización) que se articula de forma eventual según evaluaciones prácticas (Bourdieu, 2005: 57-58).

saber y un deseo por implicarse en sus lances (Bourdieu, 2002: 141 y 143)³. Por otro lado, como poeta, esas disposiciones escolares heredadas adquieren el tinte específico que le confieren el tener su origen en la lógica específica del campo

³ En este sentido, Thompson pertenece a lo que Bourdieu denomina un “llamado por nacimiento” a la excelencia intelectual, tanto objetivamente (por la posición social que ocupa en el espacio de clases y el tipo de recursos culturales asociados a esa posición) como subjetivamente (porque las disposiciones heredadas vía familiar contribuyen a forjar una *libido sciendi* que se traducen en unos gustos volcados hacia la cultura –especialmente literaria- y hacia sus objetos más excelsos). La adecuación entre ambas esferas dota de una pronta naturalidad al comercio del joven Thompson con los campos de producción cultural, como si todo fuera de suyo y sin necesidad de elevar a problema de conciencia las tomas de posición que van conformando la propia trayectoria (v.g.: “nunca tomé la decisión de hacerme historiador”) (Thompson, 1989: 304). Esta llamada a la excelencia, sin embargo, no debe leerse de forma unilateral. Si bien en el marco de la estructura de clases del universo británico, Thompson se sitúa en una posición dominante en calidad de heredero de una aristocracia escolar, no ocurriría lo mismo en el ámbito doméstico. Frente a su hermano Frank, paradigma de la excelencia académica, Thompson se consideraría desde muy pronto como el “zoquete” de la familia (Thompson, 1997: 50-51). Esta fractura se vería reforzada por la decisión de los padres de enviar al mayor de los Thompson a Winchester, mientras que Edward fue enviado al Kingswood. Si bien ambas instituciones eran *public schools* –es decir centros privados de prestigio-, el primero era uno de los centros más exclusivos y rigurosos en la enseñanza de la cultura clásica de Inglaterra, mientras que el segundo –una escuela menor sin pretensiones elitistas ni ambiciones clásicas (Thompson, 1997: 50-53)-, impartía una educación de sesgo metodista. El hecho, es que esta diferente cultura escolar llevaría a nuestro autor a experimentar una ruptura fundamental con el mundo compartido de los afectos familiares. Thompson reconoce que siempre mantuvo cierto resentimiento hacia Winchester y hacia algunas amistades de su hermano: “*I did not like its self-satisfied sense of its own excellence, its cult of eccentricity and affectations, nor the ruling-class manners and arrogance of one or two of Frank’s Winchester friends*” (Thompson, 1997: 52). Ante esta tendencia al snobismo y la experiencia de “exclusión” que de ella se derivaría, quizás no resulte aventurado afirmar que lo que se produjo fue una reacción de Edward que le llevaría a reforzar (y valorar de manera positiva de aquí en adelante) sus propias “virtudes”, habilidades y formación –según él entendía- de carácter práctico, moral, popular. Sea como fuere, esta brecha que separa la cultura escolar de Edward de la de su hermano puede considerarse como una de las primeras experiencias directas de nuestro autor con el fenómeno de clase, en este caso, como una oposición entre la excelencia (arriba) y lo popular (abajo). Al respecto de estas “primeras experiencias” de clase a través de la vida en la escuela puede verse (Mauger, 2006: 42-43).

artístico y literario. La mirada escolar que hereda E.P. Thompson va a adquirir, en consecuencia, una forma característica asociada a disposiciones de orden artístico-poético. Frente a la percepción del mundo como un objeto a desencantar susceptible de racionalización, propio de un *habitus* escolástico cientifista, las disposiciones artístico-poéticas determinan una propensión a concebir el mundo como un lugar habitado por fuerzas ignotas y misteriosas (pasiones, sentimientos) irreductibles a la mirada del intelecto, pero no por ello menos eficientes a la hora de dar forma a la existencia. Esta visión poética y encantada del acontecer tiende, en consecuencia, a captar y fomentar el valor de la experiencia artística –véase: singular, diferente, pero no por ello incomunicable– como forma privilegiada de entablar contacto con el mundo y con uno mismo. Finalmente, la experiencia artística, se entiende, trasciende el mero contacto contemplativo con el mundo para convertirse en un acto de creación que contribuye a darle forma.

La matriz de disposiciones que hemos descrito, inserta en las profundidades del *habitus*, conforma el fondo primario desde el que emergerán los criterios de orientación y gusto, el sentido práctico a partir del cual Thompson va construyendo su trayectoria social e intelectual. Ahora bien, estas disposiciones heredadas no permanecen idénticas a sí mismas, indiferentes al envite de la experiencia vivida. El recorrido que dibuja la trayectoria thompsoniana transita a través de diferentes microcosmos sociales dotados de una lógica relativamente autónoma. La confrontación con cada una de estas lógicas producirá efectos sobre las disposiciones primarias heredadas. Ya se vean éstas reforzadas o readaptadas en función de la experiencia, el hecho es que sufrirán una verdadera alquimia social al verse sometidas a una coerción disciplinaria, a una puesta en regla en función de la lógica imperante en cada uno de esos microcosmos.

Estos microcosmos son fundamentalmente tres. Por un lado, la educación reglada a través de la escuela y la academia, donde Thompson incorpora una mirada escolástica y la actitud contemplativa que le es propia. En segundo lugar, los protocolos específicos de la historiografía académica que impondrían un régimen de objetividad que contendría los impulsos proféticos y poéticos. En tercer lugar, los círculos universitarios vinculados a la militancia comunista y, de aquí, la apertura al universo intelectual del marxismo británico. Si bien Thompson se situó próximo a la tendencia historicista y culturalista del marxismo británico, lo cierto es que a través de esta socialización, Thompson incorporaría un *modus operandi* de investigación histórica asociado a pautas científicas y objetivistas irrenunciables para el marxismo.

La publicación del *William Morris* en 1955 –primera obra historiográfica de Thompson- da buena cuenta de la convivencia de estos elementos asociados al *habitus* primario y al proceso de disciplina al que aquel es sometido a su paso por los diferentes campos por los que transita nuestro autor a lo largo de su temprana trayectoria⁴.

3. LA COYUNTURA POLÍTICA Y LA TRAYECTORIA DE THOMPSON: ¿CUÁNDO SE ESCRIBIÓ *THE MAKING*?

A la hora de valorar la manera en la que el contexto y la contingencia histórica orientaron en forma de urgencias prácticas la escritura *The Making* debemos apuntar fundamentalmente en dos direcciones: la coyuntura política y el momento en la trayectoria de Thompson en el que se concibe la obra.

En relación a la coyuntura política son también dos los fenómenos a considerar: la lógica de la Guerra Fría y la irrupción de la *Affluent Society* (“La sociedad de la opulencia”). Thompson entendía que el signo distintivo de la de la Guerra Fría era la desarticulación de cualquier iniciativa popular revolucionaria a ambos lados del Telón de Acero. Esta nueva situación contrastaba diametralmente con el periodo frentepopulista en el que él se había formado. La “congelación del proceso histórico” era el resultado de una ofensiva a todos los niveles. En la configuración de la *Great Apathy* (“La Gran Apatía”) (Thompson, 1978) y del estalinismo como ideologías de la Guerra Fría coadyuvaban procesos sociales, ideológicos e intelectuales. En última instancia, estos procesos podían agruparse bajo un mismo programa: la negación de la historia y de la *agency* moral e intelectualmente consciente (Thompson, 1957; 1958). Esta toma de posición se hace explícita en términos políticos a partir de 1956, cuando Thompson abandona, de forma traumática para él, las filas del Partido Comunista de Gran Bretaña. Como mostraban los acontecimientos de Hungría y el informe Krushev, el Partido Comunista había dejado de representar un elemento de subversión, de defensa de la democracia y de lucha antifascista para convertirse en una fuerza de orden, en uno de los pilares que sostenía la desmovilización de la Guerra Fría.

⁴ Un análisis detallado del *habitus* primario thompsoniano y del proceso de disciplina al que es sometido en su recorrido por estos campos sociales puede verse en (Estrella, 2011: 29-117). Sobre el *William Morris* de Thompson (Estrella, 2011: 151-168).

Sin embargo, los nuevos movimientos sociales que se activaron a mediados de la década de los 50 a ambos lados del muro, parecían indicar a ojos de Thompson que los hielos de la Guerra Fría comenzaban a descongelarse. Las reivindicaciones de tipo socialista y democrático de los movimientos de la Nueva Izquierda –en los que concurrían excomunistas, socialistas, pacifistas, radicales, artistas, intelectuales, movimientos de base, asociaciones ciudadanas, etc.- evocaron en Thompson la vieja política frentepopulista, ahora orientada hacia el derrocamiento del *establishment* de la Guerra Fría (Thompson, 1959b). En el bloque del Este se desarrolló el humanismo socialista como programa político de renovación del socialismo desde bases democráticas. Thompson adquirió el compromiso de importar a Gran Bretaña este ideario con el fin de que circulara como posible programa político del movimiento de la *New Left* (Thompson, 1957). Pero, desde su perspectiva, esta ofensiva a nivel político debía acompañarse de un combate en el terreno de las ideas. La clave, insistía, era rehabilitar el pensamiento histórico y la figura de la *agency* consciente. Este proyecto lo situó frente a disciplinas y propuestas que, precisamente hacían hincapié en la reproductibilidad social y/o en las condiciones que limitaban o impedían la acción consciente.

Pero a la hora de articular este movimiento de la *New Left* en Gran Bretaña surgió un segundo problema que requería también un análisis teórico y político. Existía un problema programático clave que implicaba a los supuestos actores a los que la herejía de la *New Left* debía dirigirse. Si bien durante el periodo de Entreguerras la oposición que planteaban los marxistas entre burguesía y proletariado era susceptible de mobilizarse como criterio de clasificación en el terreno del conflicto político de clases, no parecía que fuera este el caso de la Gran Bretaña de Posguerra. El debate sobre si lo que estaba ocurriendo era la posible formación de una sociedad sin clases (*classlessness*) o bien, una reordenación en la composición, recursos y expectativas de la clase obrera, llegó a las filas de la *New Left*. La discusión sobre la existencia o no de las clases sociales no se trataba exclusivamente de un problema teórico: lo que estaba en juego era la definición de criterios de clasificación social con vistas a una posible movilización política, en este caso, en términos de clase. La pregunta por tanto flotaba en el aire ¿a qué auditorio debía dirigirse la *New Left*?, ¿tenía sentido seguir desarrollando una política de clases? Si así era ¿quién componía la clase a la que debían dirigirse?, ¿el obrero industrial, el maestro de escuela, el joven *outsider*, el funcionario del *Welfare State*?

The Making of the English Working Class debe considerarse como una contribución intelectual a las urgentes cuestiones políticas en las que, a ojos de Thompson, se encontraban implicados los problemas de la *agency* y de la clase social (Thompson, 1991: 14). El mensaje de Thompson parece claro: la clase obrera existe, pero está sufriendo un proceso de reconfiguración que impide asimilarla al viejo proletariado industrial. Este, en todo caso, podía haber constituido el agente revolucionario por excelencia bajo determinadas coyunturas históricas. En el contexto de la Guerra Fría –y aquí vuelve a surgir la influencia frentepopulista– lo que existe es una miríada de segmentos sociales que debe reconstruirse políticamente en términos de clase, atendiendo especialmente a aquellos sectores donde el capitalismo sea susceptible de ser percibido como una amenaza para el bien colectivo (Thompson, 1960: 30) .

En este marco cabe entender que uno de los objetivos de la obra fuera precisamente narrar cómo se había formado la clase obrera a partir de experiencias diversas, de manera que se pusiera de manifiesto no sólo su heterogeneidad originaria, sino la posibilidad de encarar su reconfiguración y dotarla de homogeneidad. Pero además, se pretendía contar a la población trabajadora su propia historia; una historia en la que había sido protagonista y no sólo una víctima pasiva. Embarcado en un combate contra la Gran Apatía y el estalinismo, Thompson se impuso como objetivo mostrar la capacidad del agente humano para intervenir de forma activa en el curso de la historia. Al traducir esta problemática al caso de la clase obrera, Thompson se dirige a los trabajadores y les muestra cómo intervinieron activamente en su propia formación como agente político colectivo, cómo fueron capaces de transformar las condiciones del medio y de esta forma a sí mismos bajo una nueva conciencia. En definitiva, desde esta perspectiva, *The Making* constituía una intervención política que aspiraba a generar conciencia de clase (Thompson, 1991: 14).

Sin embargo, cuando se repasan las declaraciones de Thompson y de sus allegados sobre la forma en la que se llevó a cabo la factura de este trabajo, uno tiene la impresión de que todo fue bastante azaroso. El propio Thompson reconoce que llegó a un acuerdo con el editor porque andaba mal de dinero (Thompson, 1989: 307). De forma que al comenzar su investigación, no tenía una idea muy clara de qué era lo que iba a hacer. En agosto de 1959 se puso manos a la obra y a finales de 1962 enviaba un manuscrito con más de mil páginas a la

imprensa⁵. Años después, al valorar el periodo en el que escribió *The Making*, Thompson admitiría que dos cosas le llamaban profundamente la atención: el poco tiempo que tardó en escribir la obra y, no sin cierta añoranza, la energía de la que hacía gala por aquel entonces. Recordemos que por esas fechas no sólo atendía su docencia en Leeds, sino que se encontraba profundamente implicado en el proyecto de la *New Left*. Ambas ocupaciones pueden considerarse hasta cierto punto como un *handicap*. Según reconoce el propio Thompson, buena parte del material que utilizaría en la investigación había sido ya recopilado, aunque de forma deslavazada, en el marco de su docencia. En este caso, el haber conseguido trabajo en una universidad situada en lo que había sido uno de los focos principales de la Revolución Industrial puede considerarse, hasta cierto punto, como un golpe de suerte. Al valorar cómo condicionó su implicación en el proyecto de la *New Left* el curso de la investigación es aconsejable cotejar fechas. Ciertamente, el acuerdo con Victor Gollanz Lmtd. coincide con la fusión de *The New Reasoner* y *University and Left Review* en *The New Left Review*. Pero es precisamente desde la fusión de ambas revistas cuando comienzan a hacerse manifiestas las contradicciones que jalonaban el proyecto⁶. Por tanto, a medida que Thompson avanzaba en su investigación, la primera generación de la *New Left* caminaba hacia su ocaso. La atemperación de las expectativas volcadas durante el primer año del movimiento y la paulatina dejación de responsabilidades ejecutivas, a excepción del hiato durante el cual vuelve a la dirección de la revista para dirigir el traspaso del testigo a la joven generación de Anderson, permitirían a Thompson volcar mayor atención y energía en su proyecto de investigación.

⁵ En principio, se trataba del primer volumen de un estudio que debía extenderse hasta 1945. Por diferentes motivos relacionados con la trayectoria posterior de Thompson, este proyecto nunca se completó.

⁶ Varios factores influyen en la disolución de la *New Left*. Primero, las diferencias entre los dos grupos que constituían el núcleo del proyecto: los más jóvenes provenientes de los movimientos contra-culturales del Sur frente a la generación mayor de excomunistas afincados en el Norte. Segundo, las distintas sensibilidades ante los desafíos de la sociedad británica: desde una visión más culturalista de los primeros a una visión más histórica y politizada de los segundos. Tercero, la distancia que en un momento dado se establece entre ambos grupos y las bases del movimiento, dispersas por todo el país. Cuarto, las tensiones personales entre algunas de las figuras más destacadas; por ejemplo: Thompson y Hall, Thompson y Anderson. Quinto y último, las complejas relaciones de la *New Left* con el laborismo y el movimiento por la paz. Para un análisis detallado de este movimiento y de las causas que dan al traste con el proyecto (Estrella, 2011: 119-150).

4. EL CAMPO DE POSIBILIDADES ¿FRENTE A QUIÉN SE ESCRIBIÓ THE MAKING?

Pero *The Making* no era sólo una intervención política. La obra no iba dirigida exclusivamente al consumo del campo político: también se esperaba que contribuyera al debate específicamente académico (Thompson, 1989: 295). Situado en el universo intelectual de finales de los 50 y principios de los 60, Thompson identificó una serie de propuestas que pretendían responder al problema de la clase social y que constituirían el campo de posibilidades frente al que él mismo se situaría a la hora de explicitar su enfoque. Estas posiciones son resultado de un cuestionario implícito que cabe concretar en las siguientes preguntas: primero, ¿existen o no las clases sociales? Segundo, en caso de existir ¿qué son?, ¿un concepto, una posición en la estructura social, una función, un acontecimiento? Tercero, en relación al problema específico de la formación de clases: ¿qué papel desempeñó –si es que desempeñó alguno- la clase obrera a la hora de constituirse como clase? Finalmente, en este proceso de formación ¿qué esfera social ejerce un papel determinante?: ¿la economía, la cultura, la política?

La primera distinción que cabría realizar entonces discriminaría entre aquellas propuestas que continuaban afirmando la existencia de las clases y aquellas que la cuestionaban. Dentro de este último grupo cabía distinguir dos opciones. Por un lado, quienes sostenían la posibilidad de que la sociedad de Posguerra estuviera caminando hacia una sociedad sin clases o, al menos, en la que el sentido de pertenencia a una clase social –la clase como principio operativo de clasificación social- estuviera siendo erosionando (Thompson, 1960: 23). Por otro lado, se encontraban aquellos que, normalmente desde posiciones conservadoras, aseguraban la inexistencia real de las clases. La clase constituiría una categoría holística, una construcción ideológica de los intelectuales impuesta sobre una realidad en la que, simplemente, concurren individuos discretos (Thompson, 1991: 9-10). Las diferentes opciones se multiplicaban entre aquellos que consideraban aún la existencia de las clases sociales como principio válido de investigación y/o de clasificación social. Dentro de este grupo, en el que evidentemente se sitúa Thompson, el historiador inglés opera una primera discriminación en relación a los criterios a través de los que cabe identificar y definir la existencia de (o pertenencia a) una clase social. Por un lado, están quienes consideran que una clase es sinónimo de una posición en la estructura social; por otro, quienes entienden que la clase constituye un acontecimiento histórico (Thompson, 1989: 34-35).

En el primer caso, predomina un enfoque sincrónico que aspira a identificar la estructura (de clases) que determina el comportamiento (clasista o no) de los individuos. En el segundo, predomina un enfoque diacrónico, por el que se pretende dar cuenta del proceso que ha llevado a diferentes grupos sociales a formar una clase social y a comportarse de forma clasista.

Dentro del primer grupo, Thompson identifica dos grandes propuestas: la ortodoxia marxista y la sociología de corte funcionalista (Thompson, 1991: 9-10). La primera identifica la clase con una posición en las relaciones de producción: según la relación de propiedad que el individuo guarda con los medios de producción, se pertenece a una clase social u a otra. Definida en estos términos, es posible imputar a la clase social unos intereses objetivos, inscritos en la profundidad de la estructura productiva de la sociedad. La lucha de clases se activa precisamente como consecuencia del necesario conflicto de intereses entre clases situadas en posiciones enfrentadas dentro del entramado de las relaciones de producción. A través del modelo infraestructura-superestructura, la propuesta marxista permite discriminar entre verdadera y falsa conciencia de clase; es decir, cuándo una clase es consciente o no de su posición e intereses objetivos en la estructura social.

En el caso de la sociología funcionalista, la clase se define por la función que desempeña en el sistema social; función que viene asociada a la posición que se ocupa dentro del sistema. Thompson encara dentro de este grupo la obra de dos autores significativos: N.J. Smelser y R. Dahrendorf (Thompson, 1991: 9-10). El primero –discípulo de T. Parsons- lleva a cabo una aplicación del modelo funcionalista al caso de la Revolución Industrial. El segundo –un alemán afincado en Inglaterra que llegó a dirigir la *London School of Economics*- es uno de los grandes representantes de la teoría del conflicto; teoría que sistematiza en *Class and Class Conflict in Industrial Society*. Existen diferencias importantes en el modelo que proponen ambos autores, si bien en ocasiones, Thompson los agrupa como representantes del funcionalismo en Inglaterra, al menos en lo tocante al problema de la clase social.

El trabajo de Smelser es, como el propio autor reconoce, un intento de aplicar teoría social a la historia. Apoyándose en la “teoría general de la acción” parsoniana –pero también inspirado en la “teoría del desarrollo” de Rostow-, el autor lleva a cabo un análisis de diferentes instancias implicadas en la reorganización social y económica de la industria del algodón del Lancashire entre 1770-1840.

Su hipótesis es que los cambios acaecidos en las diferentes instancias del entramado algodonero son susceptibles de ser tratadas bajo el mismo modelo teórico. Este modelo parte de una premisa básica: las sociedades tienden a adquirir un mayor nivel de complejidad y diferenciación estructural. En este proceso de diferenciación es posible identificar, para los diferentes casos, un mismo patrón en la secuencia de cambio. Cuando un rol u organización social queda arcaico bajo determinadas circunstancias históricas, comienza un proceso de diferenciación a través de una secuencia definida y específica que da lugar a roles u organizaciones más eficientemente adaptados a las circunstancias. Estas nuevas unidades sociales son “*structurally distinct from each other, but taken together are functionally equivalent to the original unit*” (Smelser, 1972: 2). La secuencia de diferenciación se activa por un desequilibrio en el sistema (Smelser, 1972: 402-403) cuando miembros del mismo expresan su *dissatisfaction* (insatisfacción) con algún aspecto de su funcionamiento. Esta insatisfacción puede concernir a una cuestión de roles o de recursos, aunque en ambos casos se produce un cuestionamiento de los valores dominantes que gobiernan el sistema “legítimo”. Las primeras respuestas son disturbios no articulados o mal dirigidos, con el fin de atajar la insatisfacción de manera directa. Este paso da lugar, sin embargo, a un tercero por el que los disturbios son canalizados por los mecanismos de control social y su energía torna hacia la producción de soluciones específicas para los problemas que dieron lugar a la insatisfacción. A partir de estas soluciones comienzan a esbozarse futuras líneas de acción (paso cuatro) que son especificadas (paso cinco) y puestas en práctica (paso seis). Como hemos señalado, las nuevas unidades que surgen de este proceso –si tiene éxito– son más diferenciadas que la vieja. Finalmente (paso siete), tras un periodo de extraordinario progreso, las nuevas unidades son consolidadas en el sistema social y se rutinizan.

Cuando Smelser aplica este modelo de diferenciación estructural al caso del Lancashire, no sólo aspira a explicar la reorganización de la industria algodonera de principios del siglo XIX sino la acción social de los “miembros del sistema” implicados en el proceso. Para ello, el autor se centra en dos unidades fundamentales: el campo de la industria en sí mismo y los cambios acaecidos en la organización de la familia de clase obrera. Pese a tratarse de estructuras distintas responden a los mismos principios de reorganización puesto que, ambos casos, pueden considerarse como sistemas sociales. En el primer caso, Smelser analiza la manufactura doméstica a finales del XVIII y principios del XIX, identificando los diferentes roles que ésta desempeña en la producción industrial y la estructura de los recursos industriales.

Con la reorganización de estos recursos se habría producido una *dissatisfaction* en torno a los valores que organizaban la producción industrial, generando una serie de quejas, bien de un lado por la fusión del nuevo sistema de manufactura con la estructura de la comunidad familiar, bien del otro por la imposibilidad de disciplinar a los trabajadores dentro del nuevo sistema. Tras este periodo de confusión, diversas agencias (empresarios e inventores) introducen innovaciones para amortiguar el descontento, a la vez que se produce una reafirmación de los valores básicos que animan la producción. Una vez se llevó a cabo esta reorganización, en los casos en los que se coronó con éxito se produjo un crecimiento explosivo de la producción y de la capitalización, retornando posteriormente a los niveles de rutina, una vez que los nuevos métodos llegaron a consolidarse en la estructura industrial.

En el caso de la familia obrera, Smelser vuelve aplicar el mismo modelo e identifica, en primera instancia, las funciones concretas de la economía familiar y los recursos que utiliza para llevar a cabo dichas funciones. La secuencia de diferenciación estructural comienza cuando se produce una *dissatisfaction* en relación al desempeño de los roles familiares o a la utilización de recursos. Normalmente, estas “insatisfacciones” son efecto de la presión de la reorganización industrial sobre la estructura familiar, presdisponiéndola a una reorganización de sus relaciones (Smelser, 1976: 406). Sin embargo, estas mismas presiones son contestadas mediante una serie de movimientos sociales que van desde las huelgas contra la nueva maquinaria, a reivindicaciones sobre las condiciones de trabajo, pasando por la organización de cooperativas de carácter utópico. Las discusiones públicas y parlamentarias constituyeron la base de la legislación industrial de la década de los 30 y 40; es decir, la ley actuaría como vía de canalización de los elementos conflictivos del sistema (Smelser, 1976: 407). Al aplicarse esta legislación, la estructura familiar conoce un proceso de diferenciación en varias direcciones: la nueva familia que surge se encuentra más especializada que la de un cuarto de siglo antes, se habían segregado las funciones económicas de los adultos y los niños y se descargaban las funciones educativas de la familia en nuevas instituciones.

La aplicación de este modelo teórico sobre el caso en cuestión permite a Smelser criticar, tanto con argumentos teóricos como empíricos, diferentes interpretaciones sobre el fenómeno de la clase obrera (Smelser, 1976: 384-401). En su opinión, la teoría general de la acción permite explicar fenómenos que las interpretaciones de corte economicista no pueden encarar (Smelser, 1976: 385-389).

En la misma línea, critica la propuesta marxista de las clases sociales a través de una problematización de las nociones de explotación y lucha de clases (Smelser, 1976: 389-394). Finalmente, también cuestiona la historiografía socialista británica de los Hammonds, Webb, Cole etc., especialmente por ubicar en la categoría de “misericordia” -con valor meramente descriptivo- el principio explicativo de la acción social ya de corte obrerista o humanista (Smelser, 1976: 394-401).

La obra de R. Dahrendorf a la que remite Thompson –*Class and Class Conflict in Industrial Society*- carece de una aplicación del modelo teórico que propone a un caso histórico. Dahrendorf se inspira en dos fuentes principales a las que critica y contrapone: Marx y Parsons. El objetivo del sociólogo alemán es explicar la acción social (de clase) estableciendo una relación entre estructura y cambio social. Para ello parte de una valoración de la historia reciente del pensamiento sociológico, contraponiendo el marxismo a la sociología del siglo XX, especialmente el funcionalismo. En ambos casos se aspira a un análisis de la estructura social, pero mientras que en el primero se prioriza un enfoque dinámico, en el segundo predomina uno estático. Es decir, mientras el funcionalismo analiza procesos regulares que hacen que la estructura social tienda a la estabilidad (Dahrendorf, 1976: 161), el marxismo pone el centro de atención en el cambio social, considerando a la estructura como una herramienta encaminada a la comprensión del cambio (Dahrendorf, 1976: 124).

Ahora bien, a ojos de Dahrendorf, el funcionalismo -bajo la premisa de que cualquier cambio funcional en la estructura social supone la destrucción del sistema- hace dejación de aquellos elementos y fuerzas que permiten el cambio (Dahrendorf, 1976: 123). El marxismo llegaría a una conclusión parecida, pero partiendo del supuesto contrario: al depositar el centro de atención en la transformación social, tiende a concebir cualquier cambio en la estructura como revolucionario.

Dahrendorf, sin embargo, va a sostener la posibilidad del cambio estructural sin necesidad de que este siempre sea de carácter revolucionario. Para ello, propone la noción de “estructura de cambio”, precisamente con el fin de defender la presencia de elementos y fuerzas sociales tendentes a introducir transformaciones estructurales que no supongan la destrucción del sistema (Dahrendorf, 1976: 132).

A continuación, Dahrendorf sitúa el principio activo de esta “estructura de cambio” en el conflicto social. ¿Cómo se entiende este conflicto? Según el sociólogo alemán:

One of the central theses of this study consists in the assumption that this differential distribution of authority invariably becomes the determining factor of systematic social conflicts of a type that is germane to class conflicts in the traditional (Marxian) sense of this term (Dahrendorf, 1976: 165).

Es decir, “*Class conflict results ultimately from the distribution of authority in social organizations*” (Dahrendorf, 1976: 148). La autoridad en una organización social viene definida –y aquí vuelve apoyarse en el funcionalismo– por la función asociada a una posición en la estructura social (v.g. desempeñar funciones de gobierno) (Dahrendorf, 1976: 122-123 y 149). De aquí que, en conclusión (y reproducimos el texto del que se hace eco Thompson en *The Making*):

Classes are based on the differences in legitimate power associated with certain position, i.e., on the structure of social roles with respect to their authority expectations. It follows from this that an individual becomes a member of a class by playing a social role relevant from the point of view of authority [...] He belongs to a class because he occupies a position in a social organization; i.e., class membership is derived from the incumbency of a social role (Dahrendorf, 1976: 149) .

Para terminar de cerrar el círculo, Dahrendorf recuerda que existe una gradación en los conflictos de clase, de forma que, al igual que la estructura de cambio no puede asimilarse al cambio revolucionario marxista, el conflicto de clases no se identifica con una explosión violenta, en el sentido, añadiríamos, de “lucha de clases” (Dahrendorf, 1976: 132).

Estos son los dos autores a los que Thompson se remite en *The Making* como referentes del funcionalismo que, recordemos, supone una definición estructural de la clase alternativa al marxismo ortodoxo. Thompson trabaja no obstante con otro criterio de diferenciación relativo al papel (activo o no) que se imputa a la población obrera en su proceso de formación. Al abordar este problema, Thompson abandona el campo general de las ciencias sociales y se sitúa dentro del campo de la historiografía británica. A su juicio, existían dos grandes “ortodoxias” en cuya propuesta la población trabajadora desempeñaba un rol pasivo (Thompson, 1991: 11). Por un lado se encontraba la tradición fabiana asociada a la primera generación de historiadores sociales británicos, en la que la mayoría de la clase obrera –a excepción de ciertos líderes clarividentes– era presentada como una víctima pasiva del *laissez faire*. Aunque Thompson

reconoce que se trataba de una tradición que habría añadido importantes avances al conocimiento del fenómeno de clase, recuerda el tono lacrimógeno de algunos de estos relatos en los que, como indicaba Smelser, la miseria ocasionada por el proceso de industrialización parecía constituir el principal móvil de acción de las clases trabajadoras. Por otro lado, Thompson distingue la tradición de los historiadores de la economía empírica, en la que reconoce a una disciplina extraordinariamente firme y bien fundada aunque “en gran medida contaminada por la ideología capitalista” (Thompson, 1989: 295). Thompson considera en cambio que el enfoque exclusivamente cuantitativo de esta escuela, llevaba a concebir a la población trabajadora como mera “*labour force, as migrants, or as the data for statistical series*” (Thompson, 1991: 11). De este enfoque cuantitativo se derivaba una visión de la Revolución Industrial en términos opuestos a la de los historiadores fabianos: mientras éstos sostenían una interpretación pesimista del proceso de industrialización, aquellos defendían una interpretación optimista basada en series de salarios, índices de precios o niveles de consumo.

Una última cuestión a partir de la cual Thompson organizó el campo de posibles apuntaba al problema de la esfera determinante en la formación y existencia de la clase. Thompson entendía que las diferentes posibilidades se encontraban delimitadas por la explicación economicista y la culturalista. En el primer grupo se ubicarían la historia económica y el marxismo economicista. En ambos casos la pertenencia a una clase se define, bien por niveles de renta, bien por ocupar una posición en la estructura económica de producción. De esta forma, el proceso de formación de la clase obrera respondería a la convergencia entre las transformaciones económicas en el tejido productivo y la afluencia de nueva mano de obra (v.g. campesinos emigrantes), produciendo una determinada cantidad de población obrera de la cual, en la interpretación marxista, sólo una parte posee verdadera conciencia de clase (Thompson, 1989: 295). En el otro extremo se sitúan los estudios culturales de investigadores de la *New Left* próximos al ala de la *University and Left Review*, a la sazón reconvertida en el *Birmingham Centre for Contemporary Cultural Studies*. Son tres las figuras frente a las que se sitúa Thompson: R. Hoggart, S. Hall y R. Williams.

The Uses of Literacy de R. Hoggart, publicada en 1957, supone un verdadero hito en los estudios de corte culturalista sobre la clase obrera. La obra lleva a cabo una radiografía de corte etnográfico de la población trabajadora del norte de Inglaterra y del impacto de los *mass media* en su forma de vida. Frente a quienes sostienen la completa desaparición de la clase obrera en el mundo de Posguerra y frente a los marxistas que continúan interpretando el fenómeno de clase en los

tradicionales términos de conciencia política proletaria, Hoggart pretende dar cuenta del proceso por el que las viejas tradiciones obreras han sido reconfiguradas bajo la nueva cultura de la sociedad de masas (Hoggart, 1960: 3-7). La obra se divide en dos partes. En la primera, Hoggart analiza elementos característicos de las formas de vida tradicionales de la clase obrera (la solidaridad, el compromiso con la comunidad o el sentido del “nosotros” frente al “ellos) y sus limitaciones (el provincialismo o el tradicionalismo). En la segunda parte, se analiza el impacto de la cultura de masa sobre esa cultura tradicional, concluyendo que ésta se encuentra amenazada por las profundas transformaciones de Posguerra, tendentes a la generalización y la uniformidad social (Hoggart, 1960: 284).

Por su parte, S. Hall publicó un relevante artículo en *University and Left Review* titulado “A Sense of Classlessness”. Hall sostenía que, a diferencia de la interpretación marxista clásica no podía establecerse una relación causal unívoca entre la base material y las producciones simbólicas. Sin embargo, insistía en que

A way of life cannot be sustained without a certain pattern of relationships, and outside of certain physical, economic and environmental pressures (Hall, 1958: 27).

De manera que para analizar la conciencia de clase era necesario repensar la relación entre estos dos niveles y analizar de una forma no determinista cómo se relacionaban los cambios en el capitalismo industrial y la transformación en la conciencia proletaria y cómo, en el marco de este proceso, se habían producido “respuestas particulares” a “situaciones particulares” (Hall, 1958: 27). Una vez identificados esos cambios -fundamentalmente en el impacto de la nueva sociedad de consumo-, el análisis de Hall concluía afirmando que la clase obrera de Posguerra parecía entenderse a sí misma en términos de consumidores más que de productores, lo que estaba produciendo la explosión de la cultura tradicional en múltiples estilos de vida (Hall, 1958: 29). En otras palabras, los cambios en el capitalismo de Posguerra y las desigualdades de clase que estos cambios producían, estaban siendo experimentados por la población trabajadora desde un sentimiento de desarraigo de clase (*a sense of classlessness*) (Hall, 1958: 31).

Finalmente, R. Williams publicaría en 1961 *The Long Revolution*, estudio concebido como una continuación de *Culture and Society* de 1958. Se trata sin duda de la obra “culturalista” con la que Thompson guardó una relación más estrecha.

En *The Long Revolution*, Williams pretendía describir mediante el modelo de “larga revolución” el proceso de transformación industrial, política y cultural de los últimos dos siglos de la historia de Gran Bretaña.

Su hipótesis era que esta “larga revolución” no podía entenderse si se consideraba cada uno de estos procesos por separado (Williams, 2003: 13). La lucha por la democracia, el desarrollo industrial y la expansión de la educación y las comunicaciones debían considerarse como un cambio a largo plazo en toda una forma de vida (*hole way of life*); es decir como un proceso cultural en el sentido antropológico del término. Según Williams, las imágenes dominantes de la sociedad habrían privilegiando dos dimensiones fundamentales: el sistema de decisión (política) y el sistema de mantenimiento (economía).

Pero igualmente vitales –y esto era algo que el marxismo olvidaba- eran el sistema de educación y comunicación y el sistema de reproducción (Williams, 2003: 118). El análisis cultural debe aspirar a establecer la naturaleza de las relaciones entre todos estos elementos que constituyen el modo de vida y cómo estos sistemas se organizan en un todo complejo (Williams, 2003: 56). Sin embargo, admite el escritor galés, existen determinados aspectos que el análisis cultural no puede recuperar del todo. En concreto, lo más difícil de aprehender es “esa sensación vivida de la calidad de la vida en un lugar y un momento determinado”. Nunca se puede recuperar del todo, según Williams, el “carácter social” –término que adopta de E. Fromm- de una cultura; es decir, “el sistema valorado de comportamiento y actitudes” que generan un modo de vida distintivo. Este carácter social se transmite y enseña tanto formal como informalmente. De aquí que sea posible recuperarlo de forma abstracta pero resulte mucho más complicado aprehenderlo en términos de la experiencia social compartida por los *insiders*. A esta comunidad particular de experiencia que apenas necesita expresión para quienes participan del mismo modo de vida, Williams la denomina “estructura de sentimiento” (Williams, 2003: 57). La estructura de sentimientos, transmitida de manera informal, permite la comunicación entre los miembros de la comunidad. Según Williams, entre esta cultura vivida y la registrada (es decir, la documentación desde la que el analista encara el estudio del modo de vida) media la cultura de la tradición selectiva. Esta selección que conforma la tradición cultural de una sociedad se lleva a cabo en correspondencia con el sistema social contemporáneo de intereses y valores – incluidos los de clase (Williams, 2003: 60); es decir: la tradición es el resultado del conflicto entre los diferentes “caracteres sociales” y “estructuras de sentimiento” candidatas a dominantes (v.g. aristocrática, de clase media y de clase obrera).

Ahora bien, y esto es importante a la hora de entender la distancia que guardan el modelo de Williams y el de Thompson, el galés entiende este conflicto en términos de diálogo entre sistemas de valores (Dworkin, 1997: 95). Finalmente, Williams dedica el resto de la obra a aplicar este modelo sobre los últimos 200 años de la historia británica con el fin de dar cuenta de esa “larga revolución”.

5. LA TOMA DE POSICIÓN: ¿CÓMO SE HIZO THE MAKING?

Enfrentado a este menú de opciones y a la coyuntura política que hemos descrito, Thompson fue delineando su propia alternativa poniendo en liza las disposiciones del *habitus* y el capital cultural específico incorporado, tanto por medios informales como a través de su trayectoria escolar. En relación al debate sobre la existencia o no de las clases sociales, Thompson se situaba entre aquellos marxistas que sostenían la pertinencia del análisis de clase y el uso de la categoría como criterio de movilización política, si bien desde la necesidad de actualizar ambas dimensiones. Sobre la relación entre la coyuntura política y la manera en la que Thompson entiende el problema de la clase social ya dijimos algo en el apartado 3 (Thompson, 1960: 28)⁷. Ahora bien, si la clase social continuaba siendo un problema que imponía la realidad social ¿en qué términos cabía entender el análisis de este fenómeno?, ¿qué era en definitiva una clase social?

El propio Thompson afirmaba en el prólogo de *The Making* que no veía la clase social ni como una estructura ni como una categoría, sino como un acontecimiento histórico: una clase existe porque se ha formado y definido como tal en el proceso histórico real (Thompson, 1960: 24; 1978: 86; 1989: 34-35; 1991: 8-9). Ahora bien, Thompson no se distancia de las propuestas estructuralistas o funcionalistas (objetivistas, en términos generales) por negar que la posición en la estructura social resulte determinante en la producción de conciencia de clase, sino que las rechaza porque no tienen en cuenta un segundo momento del análisis: la observación a lo largo del tiempo de un comportamiento clasista. El problema radica en que estas propuestas acaban derivando mecánicamente el segundo nivel (histórico) del primero (la estructura de posiciones o las funciones asociadas a esas estructuras); en definitiva, la razón por la que Thompson se aleja del “objetivismo” radica en el ahistoricismo del que este adolece. La clase, concluye el historiador inglés, no es una cosa sino un acontecimiento.

⁷ Sobre el vínculo que ejercen las tomas de posición políticas entre determinadas tomas de posición teóricas asociadas a la historia desde abajo y las disposiciones sociales de origen en el caso de Thompson (Estrella, 2009).

Debemos insistir en que Thompson no reniega de la eficacia de las determinaciones estructurales. Cabría decir, por ejemplo, que para Thompson, si bien la Revolución Industrial no prescribe mecánicamente cómo se formará la clase obrera, sin este proceso objetivo aquella no existiría. Quizás el propio Thompson sea en parte culpable de la necesidad de introducir estas matizaciones. Cuando hace explícita su toma de posición frente a funcionalistas y estructuralistas se muestra decididamente historicista y subjetivista, algo que sin embargo no ocurre cuando se sitúa en el plano de la investigación empírica. El contexto político e intelectual en el que escribe tiene mucho que ver en esto: la necesidad de combatir la congelación del proceso histórico bajo las estructuras bipolares de la Guerra Fría y la subsiguiente irrupción de propuestas “ahistoricistas” en el campo de las ciencias sociales, constituyen un referente que determina la forma que adquiere el discurso thompsoniano cuando polemiza en un plano explícitamente teórico. Ahora bien, las presiones del contexto no explican por sí mismas por qué un Thompson declaradamente marxista tendía a definir la clase de modo subjetivista e historicista. Varios son los factores que deben tenerse en cuenta. En primer lugar, el antiintelectualismo que, como vimos, incorpora en oposición a la excelencia de su hermano Frank –disposición, que la formación escolar metodista no hace sino fortalecer-, impele a valorar el plano del protagonista histórico (momento 2) sobre el del observador (momento 1). Esta tendencia se ve reforzada por su trayectoria política y las energías que aquí invierte, lo que le predispone a centrar su atención en el plano de la praxis en detrimento del plano de la teoría. Por otro lado, debemos remitirnos al capital cultural específico con el que contaba Thompson en el momento de encarar la problemática. Formado como historiador en las filas de ese sector del marxismo británico cuyos análisis históricos se centraban en la experiencia de lucha popular y en el conflicto histórico de clases –y, especialmente, movilizándolo los recursos artístico-literarios incorporados vía familiar- Thompson tiende a redimensionar el valor de la experiencia subjetiva por encima del conocimiento externo (y extraño) que impone el análisis objetivista.

Sea como fuere, el hecho es que esta toma de posición provoca, no sólo que su obra adopte la forma de un relato, que se elabore como una narración histórica antes que como un análisis estructural, sino también el contenido de esta narración: el proceso que, a través de sucesivas rupturas y desplazamientos, desemboca en el acontecimiento de la formación de una clase social con conciencia de sí misma. En parte, esta prioridad del enfoque episódico está relacionada con las disposiciones primarias del *habitus*. Recordemos que el *habitus* profético predispone a un comportamiento y a una percepción de la

realidad en términos de ruptura y discontinuidad. En una línea similar, las disposiciones poéticas incitarían a concebir el proceso en clave dramática, como una intriga en la que una secuencia de acontecimientos termina por conducir al desenlace final. Esta tendencia inscrita en las profundidades del *habitus* primario vendría reforzada por la trayectoria política de Thompson. La urgencia temporal que impone la lógica del campo político puede invitar a percibir los procesos históricos como una constante sucesión de acontecimientos y rupturas. No es extraño que F. Braudel considerara que la cadencia de este campo solía responder a la escala de “tiempo corto”. Finalmente cabría recordar los recursos intelectuales asociados a la cultura romántico-historicista que habría incorporado a partir de su formación literaria y marxista –véase, priorización del cambio y del proceso de desarrollo, concepción constructivista de la naturaleza humana, noción de revolución, sucesión episódica de la narración etc.- para terminar de conformar este enfoque del problema.

Ahora bien, recordemos que Thompson incorpora una disciplina académica vinculada a los protocolos de la historia social británica en su vertiente marxista. Lejos del paradigma de la historia *évènementielle*, Thompson asume que el proceso de formación de la clase obrera no puede narrarse exclusivamente como una sucesión de cambios, de permanentes rupturas. Si como afirma la historia social, el acontecimiento sólo cobra significado en relación a la regularidad, a lo que permanece, se impone un enfoque que permita captar el cambio y la continuidad, cómo lo nuevo surge de lo viejo conservando simultáneamente ciertos elementos (incorporando lo viejo) y transformando otros (rompiendo con esa herencia). La nueva subjetividad de clase obrera acontece por tanto a través de una compleja secuencia de cambio y continuidad, de eventos y regularidades, de incorporaciones y pérdidas. Que *The Making* abra con un estudio de las tradiciones políticas y culturales que precipitaron durante la coyuntura de la Revolución Francesa (la disidencia religiosa, el derecho del inglés libre por nacimiento y la economía moral de la multitud) para precipitar en ese movimiento radical desde el que emergería la conciencia obrera de clase, constituye un claro ejemplo de este enfoque que inspiraría la obra

Partiendo de la validez de este enfoque del proceso histórico de formación de la clase obrera inglesa, la siguiente cuestión a resolver apuntaba hacia el papel que habría desempeñado la clase obrera a la hora de constituirse como tal. En este sentido, debe recordarse cómo Thompson se encontraba en esta coyuntura implicado en el proyecto de redimensionar el papel de la *agency* consciente, lo que le distanciaba tanto de la “ortodoxia fabiana” como de la “ortodoxia de la historia económica”. Ya por situar en la miseria el móvil de acción de la clase

obrero, ya por adoptar un enfoque cuantitativo en el que la formación de clase queda reducida a una medida, ambos casos oscurecerían la intervención consciente de la población trabajadora en el proceso histórico que estaban experimentando (Thompson, 1960: 28; 1991: 11-12). Es decir, ambas propuestas hacían dejación de la articulación intelectual y moral de la experiencia del industrialismo por parte de los trabajadores y de los complejos móviles que, al margen de la miseria material, daban un carácter específico –objetivos, pautas de comportamiento, expectativas, justificaciones, etc.– a la acción de la clase trabajadora.

Es cierto que esta defensa de la *agency* implica cierta tendencia a situar la fuerza motriz del relato en el voluntarismo y el accionalismo: la formación de la clase obrera no sería sino resultado de la concurrencia de individuos que, bajo determinadas contingencias, se agrupan constituyendo un colectivo de forma consciente y voluntaria⁸. Nuevamente resuenan ciertos ecos del *habitus* primario, de la trayectoria personal y de la coyuntura histórica en la que se escribe la obra. La intervención puntual y discontinua del profeta, alejada de la inculcación rutinaria del sacerdote, predispone a considerar la acción subjetiva, no como ejecución de una norma sino como un acto de voluntad rupturista. En la misma línea, las disposiciones artístico-poéticas invitarían a percibir la acción sobre el mundo en términos de un acto performativo. Por otro lado, la experiencia acumulada a lo largo de la trayectoria política e intelectual de Thompson reforzaría esta interpretación. El activismo frente-populista de Thompson se vería impregnado, como el mismo reconoce en *The Poverty of Theory*, por una cultura política de signo voluntarista: la conciencia de que quienes combatían estaban contribuyendo a forjar la historia con sus acciones y decisiones. La cultura romántica que Thompson incorpora a través de diversas vías contribuiría a dotar a esta interpretación de un perfil intelectual: la historia no tendría propósito ni objetivo trascendente, ni vendría predeterminada por un mecanismo oculto; su resultante respondería a la concurrencia de voluntades, intenciones y deseos enfrentados.

Sin embargo, Thompson entiende que cabría preguntarse por aquello que lleva a estas voluntades a enfrentarse unas a otras, o bien, por qué existen intereses

⁸ Thompson afirmaría explícitamente que la clase carece de sustantividad puesto que quienes actúan en la historia son los individuos concretos. Otra cuestión es que puedan hacerlo de forma agrupada creando instituciones y símbolos grupales, algo que, bajo determinadas circunstancias ha ocurrido en la historia en términos de clase (Thompson, 1978: 86)

encontrados y dónde reside el anclaje de ese conflicto que mantiene activo el curso de la historia. Y es que junto con la cultura romántica e historicista, Thompson incorporaría determinados recursos que vendrían a matizar esa toma de posición voluntarista. Fundamentalmente a través del materialismo histórico, Thompson acertaría a comprender que los conflictos sociales no podían entenderse exclusivamente como un choque entre voluntades o interacciones entre puntos equipotentes. El conflicto social se sitúa dentro de un espacio estructurado por relaciones de fuerza que trascienden y determinan la acción del agente y que responden al contexto de poder de clase en el que éste se imbrica⁹.

Con el fin de comprender la acción humana, el sentido que el agente imprime a su acto, es necesario entonces dar cuenta de las relaciones de fuerzas en las que éste se sitúa históricamente y que lo condicionan más allá de su voluntad. Thompson se posicionaría definitivamente en la línea ya ensayada en el *William Morris*: la acción humana no es un acto de libre volición ni se encuentra mecánicamente determinada sino que responde a un acto de creación condicionada, resultado de la dialéctica entre la necesidad y el deseo¹⁰. El proceso histórico, por otro lado, aún careciendo de una dirección predeterminada, tampoco resulta completamente imprevisible y fortuito. Al identificar los condicionantes de clase que presionan u orientan los conflictos sociales, es posible atisbar una dirección probable, aunque nunca definitiva: la historia, según Thompson, carece de leyes (contra la tradición naturalista), pero no de lógica (contra la tradición romántico-historicista) (Thompson, 1991: 9; 1978: 81). En definitiva, para dar cuenta de cómo surge la clase, Thompson debía pertrecharse de un enfoque que permitiera dar cuenta de cómo las cambiantes condiciones de clase afectaban al comportamiento de la población trabajadora, cómo manejaron e interpretaron estas condiciones al entrar en conflicto con otros agentes (o cómo experimentaron esas condiciones) y cómo de este conflicto surgió la clase obrera como sujeto colectivo consciente de su identidad. El

⁹ Recordemos como Thompson hacía suyas la noción de determinación que proponía Raymond Williams para quien debíamos entenderla como imposición de límites y ejercicio de presiones (Thompson, 1984: 314; Williams, 2000: 103-107). En este mismo texto en el que Thompson reivindica el concepto de Williams, desarrolla cómo este tipo de determinación afecta a lo que denomina como la experiencia vivida (EI) y la experiencia articulada (EII) (Thompson, 1984: 314-316). Volveremos posteriormente sobre este punto.

¹⁰ Véase al respecto el último capítulo de la segunda edición del *William Morris*, titulada precisamente “Necesidad y deseo”.

análisis de estos equilibrios de poder de clase constituye una de las fuerzas motrices del relato de *The Making*.

Por otro lado –y con esto entramos en la cuarta disyuntiva-, para Thompson este proceso de formación de clase no podía interpretarse en clave economicista ni culturalista (Thompson, 1960: 25; 1989: 38). Frente a la primera –representada, recordemos, por la historia económica o el marxismo ortodoxo-, Thompson advierte el papel activo que la cultura desempeña en la formación y el comportamiento de la subjetividad y que estas propuestas, bien no lo abordan –pues todo lo que no es susceptible de cuantificación es un obstáculo para producir ciencia-, bien es reducido a un epifenómeno de la estructura económica. En ambos casos, Thompson entiende, el problema radica en que se ha asumido la concepción del *homo economicus* con la que trabajaba la Economía Política.

Frente a esta interpretación Thompson sostiene la necesidad de considerar la clase social y los procesos de formación de subjetividades como fenómenos culturales. Recordemos como para Thompson la experiencia supone tanto la vivencia del cambio –el hecho de que éste acaezca, de forma objetiva podríamos decir, en el horizonte de vida del sujeto (EI)- como la apropiación del mismo –es decir, su incorporación a la dimensión subjetiva (EII)-. Esta apropiación tiene para Thompson las características propias de la *agency*: se trata de un acto que opera a partir de una doble conciencia, racional y afectiva o moral (Thompson, 1978: 356 y 363)¹¹. Esta última constituye un fondo, producto de la incorporación de patrones culturales a partir de experiencias previas. Por tanto, para Thompson, la determinación de las condiciones objetivas no se ejerce sobre “materia prima humana” sino sobre individuos concretos que cuentan con un determinado utillaje cultural y cognitivo a partir del cual elabora la vivencia de esas determinaciones (Sewell Jr., 1994: 91). Por ejemplo: el artesano que experimentó la Revolución Industrial y articuló los profundos cambios que este proceso implicaba desde su conciencia de “inglés libre por nacimiento”, categoría que supone un conjunto específico de valores, emociones y recursos

¹¹ Evidentemente esto no significa que Thompson crea que la distinción entre ambas esferas sea de naturaleza ontológica (Thompson, 1978: 367): en el “plano real”, sentimientos y pensamientos están entremezclados, de manera que, por ejemplo, *every contradiction is a conflict of value as well as a conflict of interest* (“cada contradicción es tanto un conflicto de valor como un conflicto de intereses”) (Thompson, 1978: 363). No cabe duda de que con esta distinción lo que pretendía era distanciarse del “racionalismo” del marxismo ortodoxo y de la subordinación de los sentimientos y los valores al imperio de la razón y los intereses.

intelectuales¹². Al rechazar que la clase social sea exclusivamente una formación económica, Thompson no estaría sino movilizando nuevamente aquellos recursos culturales que vendría acumulando desde el seno familiar: su formación literaria, el marxismo de signo culturalista y su intento de fundamentar la *agency* como acto creador más allá del ciego impulso material, resultan en este caso determinantes.

Sin embargo, el historiador inglés también se posicionaría frente a las interpretaciones de signo culturalista asociadas al sector de la *University and Left Review* de la *New Left*. En el caso de Hoggart y Hall, Thompson apunta a la carencia de un enfoque histórico de mayor envergadura y la falta de contextualización del análisis cultural en las relaciones de poder de clase (Thompson, 1959a: 50-55). Reconociendo que la línea de investigación culturalista ha contribuido a arrojar luz sobre áreas enteras de las formas de vida de la clase obrera, advierte que un enfoque histórico más decidido habría permitido ver a estos analistas que los procesos de erosión que sufrían las formas tradicionales de la clase obrera no eran nuevos, que la autopercepción como consumidores, el control de las agencias estatales o la opulencia, constituían fenómenos que vendrían dándose, en diferentes momentos y con diversa intensidad, desde los albores de la Revolución Industrial. Este análisis histórico habría permitido observar, por otro lado, como la clase trabajadora había sido capaz de resistir y combatir estas tendencias mediante la movilización política. Al carecer de este enfoque, resultaba fácil caer en una visión pesimista de las posibilidades, del “potencial creativo” de la clase trabajadora contemporánea. De aquí que fuera completamente necesario “rebajar” la autonomía de la esfera cultural y reubicar los fenómenos culturales en los contextos de poder de clase y de lucha de clases. El trabajo de los intelectuales de la *New Left* debía ser precisamente contribuir a activar ese “potencial creativo” en el terreno de la lucha política. En esta reivindicación del análisis histórico y político frente al etnográfico y culturalista de Hoggart y Hall, resuena parte de la experiencia acumulada por Thompson: por un lado, esa particular combinación entre marxismo y análisis cultural constituida a lo largo de su trayectoria formativa

¹² El hecho de que Thompson advierta en el Prólogo de *The Making* que su estudio no abarca el proceso de formación de la clase obrera galesa y escocesa implica reconocer, no sólo que las condiciones de la industrialización en Escocia y Galés eran distintas a las de Inglaterra sino que la forma de articular esa experiencia por parte de los trabajadores escoceses y galeses difería de la de los obreros ingleses, ya que las tradiciones culturales desde las cuales elaborarían esa experiencia no eran exactamente las mismas.

(Dworkin, 1997: 100); por otro, su experiencia como activista político, que le predisponía a contemplar los procesos históricos en términos de relaciones y conflictos de poder.

En una línea muy parecida se situaría su crítica a la propuesta de Williams. Sin dejar de reconocer el extraordinario valor de la aportación del galés, Thompson somete a una crítica histórica y política conceptos claves de su propuesta. Por ejemplo, invitaba a sustituir la noción de “*whole way of life*” -cuyo uso por Williams la convertía en una noción omniabarcante- por “*way of conflict*”, con el fin de mostrar las relaciones de desigualdad y explotación en el contexto de poder de clase en el que se inserta una determinada cultura (Thompson, 1961: 33). En la misma línea se cuestionan las nociones de *Long Revolution* y *Tradition* (Thompson, 1961: 25-26 y 30-31). En el caso de la primera, porque, según Thompson, incluso los grandes procesos colectivos que implican a una cultura como forma de vida debían situarse en la dinámica de los enfrentamientos de poder de clase; en el segundo, porque bajo la noción de *Tradition* -nuevamente entendida como un todo- se oscurecían los logros intelectuales específicos de los trabajadores como clase dominada. En otras palabras, la crítica de Thompson a los análisis culturalistas reside en que, si bien estos habrían acertado a rehabilitar la eficacia de la esfera cultural en la dinámica de clases, olvidarían que dicha esfera se encuentra atravesada por relaciones de poder en las que concurren, tanto conflictos de intereses como conflictos de valores¹³.

6. CONCLUSIÓN: HISTORIA Y SOCIOLOGÍA PARA EL ESTUDIO DE LA VIDA INTELECTUAL.

A lo largo de estas páginas hemos discutido sobre los elementos que creemos condicionaron la escritura de *The Making* y sobre la forma particular en la que estos se combinaron en la coyuntura específica de principios de la década de los

¹³ En *The Long Revolution*, reseña crítica publicada en la *New Left* sobre la obra de Williams, se tocan sin duda muchos otros aspectos importantes relativos a la teoría cultural, el análisis marxista o la historia de Inglaterra. Se trata de un artículo relevante porque, como recuerda Dworkin, se trató de la crítica más sistematizada que se realizó a una obra que por entonces estaba causando sensación entre los integrantes y simpatizantes de la *New Left*. Debe recordarse que Thompson no deseaba publicarla por miedo a contribuir a abrir más la brecha dentro del movimiento. Fue en este caso S. Hall quien le animó definitivamente a su publicación. Williams no ofreció respuesta, aunque años más tarde reconocería lo atinado de la crítica de Thompson.

60 del siglo pasado. Recordemos que no se trataba de narrar el proceso de escritura de la obra sino de identificar las condiciones que pusieron a Thompson en disposición de encarar esta empresa. Entre estas condiciones y el proceso de escritura no existe sin embargo una relación mecánica que pueda resolverse a modo de una ecuación matemática. Y ello independientemente del contenido que queramos darle a esta relación de determinación.

Así, por ejemplo, una interpretación subjetivista que sitúa la posibilidad de la obra en una suerte de genio creador, habría considerado las características del *ethos* thompsoniano, la experiencia acumulada a través de su trayectoria vital, como la causa determinante que explicaría la factura de *The Making*. Por otro lado, un enfoque objetivista habría situado este mecanismo causal en el campo de posibilidades que ofrecían las ciencias sociales y la historiografía británica en relación al problema de la clase social: si no hubiera existido un E.P. Thompson, el enfoque teórico de *The Making* tarde o temprano habría sido adoptado por algún otro historiador marxista británico.

Nuestra intención a lo largo de estas páginas ha sido, no sólo considerar ambos puntos de vista de manera simultánea sino evitar también recaer en una suerte de determinismo doble que respondería a la ecuación: sujeto + condiciones objetivas = enfoque de la obra o toma de posición. Al dar cabida a la coyuntura histórica y al momento específico de la trayectoria de Thompson en el que se forja *The Making*, nuestra explicación intentaba dar cabida a la contingencia y a la posibilidad de que las condiciones de partida produjeran efectos diferentes a los que realmente provocaron. Efectivamente, un concepto como el de *habitus*, que remite a una subjetividad práctica y no a un sujeto lógico, se constituye como un conjunto de posibilidades (v.g. disposiciones escolares junto con disposiciones proféticas) que se activa, no de forma mecánica sino en función de la coyuntura y el momento de la trayectoria en la que se encuentra el agente. Las condiciones objetivas quedan por tanto determinadas por la situación histórica concreta desde la cual aquellas se interpretan y producen una toma de posición específica. Se trata de uno de los beneficios que el maridaje entre la historia y la sociología rinden al estudio de la vida intelectual.

BIBLIOGRAFÍA

BOURDIEU, P. (1991): *El sentido práctico*, Madrid, Taurus.

BOURDIEU, P. (1999): *Meditaciones pascalianas*, Barcelona, Anagrama.

BOURDIEU, P. (2005): *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires. Eudeba.

- BOURDIEU, P. (2002): Razones prácticas, sobre la teoría de la acción, Barcelona, Anagrama. [E.O. (1994): Raisons pratiques. Sur la théorie de l'action. Éditions du Seuil, Paris.]
- DAHRENDORF, R. (1976): Class and class conflict in industrial society, London. Routledge.
- DWORKIN, D. (1997): Cultural Marxism in Postwar Britain, Duke University Press, Durham and London.
- ESTRELLA, A. (2009): "Las ambigüedades de la historia desde abajo de E.P. Thompson: las herramientas del historiador entre la forma, el compromiso político y las disposiciones sociales", Signos históricos, nº 21, Julio-diciembre, Departamento de Filosofía, Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa, México.
- ESTRELLA, A. (2011): Clio ante el espejo. Un socioanálisis de E.P. Thompson, UCA-UAM.Cuajimalpa, México-Cádiz.
- HALL, S. (1958): "A Sense of Classlessness", University and Left Review, Vol. 5
- HOGGART, R. (1960): The Uses of Literacy, London, Pelican Book.
- MAUGER, G. (2006): "Entre compromiso político y compromiso sociológico" en MORENO, J.L. y VAZQUEZ, F.: Pierre Bourdieu y la Filosofía, Montesinos, España.
- PALMER, B.D. (2004): E.P. Thompson: Objeciones y oposiciones, Universitat de Valencia Publicacions. [E.O. (1994): E.P. Thompson: Objections and Oppositions. London and New York, Verso.]
- SEWELL, W.H. Jr. (1994): "Como se forman las clases: reflexiones críticas en torno a la teoría de E.P. Thompson sobre la formación de la clase obrera", Historia Social, nº 18, 77-101. [E.O. "How Classes are Made: Critical Reflections on E.P. Thompson's Theory of Working class Formation". En KAYE H.J. y McCLELLAND, K.: EP Thompson: critical perspectives. Polity Press, Cambridge].
- SMELSER, N.J. (1972): Social Change in the Industrial Revolution. An Application of Theory to the Lancashire Cotton Industry 1770-1840, Routledge, London.
- THOMPSON, E.P. (1957): "Socialist Humanism", The New Reasoner, nº 1.
- THOMPSON, E.P. (1958): "Agency and Choice", The New Reasoner, nº 5.

- THOMPSON, E.P. (1959a): "Commitment in Politics", *Universities and Left Review*, nº 6.
- THOMPSON, E.P. (1959b): "The New Left", *The New Reasoner*, nº 9.
- THOMPSON, E.P. (1960): "Revolution", *New Left Review*, nº 3. [Edición Original: "Revolution". En STEVENS & SONS (ed.): *Out of Apathy*, London, New Left Books].
- THOMPSON, E.P. (1961): "The Long Revolution", *New Left Review*, nº9.
- THOMPSON, E.P. (1978): *The Poverty of Theory and Others Essays*, London, Merlin Press.
- THOMPSON, E.P. (1984): "La política de la Teoría". En SAMUEL, R. (ed.): *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, Crítica. [E.O. (1981): "The Politic of Theory". En SAMUEL, R. (ed.): *People's History and Socialist Theory*, London, Routledge and Kegan Paul]
- THOMPSON, E.P. (1989): *Tradición, revuelta y conciencia de clase*, Barcelona, Crítica.
- THOMPSON, E.P. (1991): *The Making of the English Working Class*, Harmondsworth, Penguin Books. [E.O. (1963): *The Making of the English Working Class*, London, V. Gollancz.], [E.E. (1989): *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Crítica.]
- THOMPSON, E.P. (1997): *Beyond the Frontier: The Politics of a Failed Mission, Bulgaria 1944*, Stanford.
- WILLIAMS, R. (2003): *La Larga Revolución*, Nueva Visión, Buenos Aires. [E.O. (1961): *The Long Revolution*, Chatto & Windus, London].
- WILLIAMS, R. (2000): *Marxismo y literature*, Ediciones Península, Barcelona. [E.O. (1977): *Marxism and Literature*, OUP, Oxford].

Recibido: 6 de junio de 2013

Aceptado: 20 de julio de 2013

Alejandro Estrella González es doctor en Filosofía y Letras por la Universidad de Cádiz y profesor en la Universidad Autónoma Metropolitana de México. Actualmente realiza un estudio de historia comparada entre la filosofía mexicana

y española en el periodo 1865-1939. Algunas de sus publicaciones más importantes son "La filosofía mexicana durante el régimen liberal: redes intelectuales y equilibrios políticos" en Signos Filosóficos, "Política, teoría e historia: el William Morris de E.P. Thompson desde la sociología de los intelectuales" en Revista Empiria, "Antonio Caso y las redes filosóficas mexicanas: sociología de la creatividad intelectual" en Revista Mexicana de Sociología.